

# Apuntes sobre linchamiento y la construcción social del miedo

*Gustavo Rojas Bravo\**

## *Resumen*

Este trabajo indaga sobre los vínculos entre la acción colectiva de las multitudes y la modelación de la subjetividad social a través de los medios de comunicación masiva. A partir de los sucesos de San Juan Ixtayopan, explora algunas de las principales formulaciones teóricas sobre las multitudes y las interpretaciones sobre los linchamientos. Esto permite disponer de un catálogo preliminar de problemas, que en el análisis comparado muestran una persistencia en la explicación. Los linchamientos de Tláhuac fueron, entre otras cosas, un relevante hecho mediático. Transmitidos en directo por la radio y la televisión, repetidos hasta la saciedad, entraron en las fases siguientes en la lucha política general que se lleva a cabo en esta nueva arena de la política que son los medios de comunicación. Finalmente se esbozan algunos vínculos sobre las representaciones de la violencia en la televisión y la construcción social del miedo en los públicos, para disponer de elementos para indagaciones posteriores. El foco de este trabajo es el papel de los medios de comunicación en la construcción social de la subjetividad.

*Palabras clave:* vínculos, subjetividad, colectivos, representaciones.

## *Abstract*

*Notes on lynching and the social construction of fear.* This paper investigates the links between the collective action of the crowds and modeling of social subjectivity through the mass media. Since the events of San Juan Ixtayopán, explores some of the main theoretical formulations on the crowds and

\* Departamento de Ciencias de la Comunicación, División de Ciencias de la Comunicación y Diseño, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Cuajimalpa.

interpretations about the lynching. This allows for a preliminary list of problems, which in the comparative analysis show a persistence in the explanation. Lynching of Tláhuac were, among other things, a mediatic relevant fact. Transmitted live on radio and television, repeated ad nauseam, entered into subsequent phases in the political struggle general argues in this new arena of politics that are the media. Finally, it outlines some links on the representations of violence on television and the social construction of fear in the public, to provide elements for subsequent inquiries. The role of the media in the social construction of subjectivity is the focus of this work.

*Key words:* bonds, subjectivity, groups, representations.

### La crisis de la política y la crisis del modelo civilizatorio

Nuestra época está marcada por la recomposición de las relaciones entre la política y los medios de comunicación, en un itinerario que sigue de cerca las rutas rizomáticas de la globalización. La evolución de las estructuras de las grandes industrias culturales, acelerada por el cambio tecnológico, se traduce en líneas de desarrollo que apuntan en la doble dirección de la geopolítica y la geocultura. Los grandes sistemas de comunicación se expanden y se segmentan, al mismo tiempo que incrementan su cobertura y alcance. Los nuevos públicos que son integrados a la zona de influencia de los medios padecen procesos de erosión y pérdida creciente de sus identidades.

Las formas emergentes de la política se desarrollan en la escena mediática, en medio de la redefinición de los espacios públicos. Thompson (1998) distingue varios sentidos de lo público y lo privado. En uno, lo público es lo relacionado con el Estado y lo privado con esta idea hegeliana de la sociedad civil. Sin embargo, en otro sentido, lo público se puede entender como lo abierto al público. Lo privado queda oculto a la mirada, lo que es dicho o realizado en lo privado. En este sentido se abren algunas zonas de tensión en los límites y fronteras de las dicotomías público frente a privado, apertura frente a secretismo, visibilidad frente a

invisibilidad. “Un acto público es un acto visible, un acto expuesto a la mirada de los otros; un acto privado es invisible, un acto realizado secretamente y detrás de puertas cerradas” (Thompson, 1998:166).

Las nuevas formas de lo público que crea la televisión es el marco general de esta discusión. Las acciones y acontecimientos que son visibles en la televisión son visibles para un mayor número de individuos ubicados en contextos diversos y dispersos. El crecimiento exponencial de las audiencias es un dato hoy de la mayor relevancia.

La televisión crea un campo de visión distinto al que los individuos tienen en sus encuentros cotidianos con los otros. Permite a los individuos ver fenómenos extraídos de sus vidas cotidianas, con los cuales encuentran distintas gamas de identificación y reconocimiento. El telespectador no es libre de escoger el ángulo de visión, y tiene poco control sobre la selección del material visible. La direccionalidad de la visión está determinada por el emisor y en esta relación entra en juego todo el poder acumulado de las tradiciones de los lenguajes audiovisuales, anclado en las teorías de la percepción visual y sonora, las aplicaciones del montaje en la era de la cultura icónica, cinética y digital. Esta tradición hereda la preceptiva poética, de la construcción de significaciones y asociaciones, variedad de tonalidades emocionales y con un control y retroalimentación de los efectos del espectáculo construido. El espectáculo es artificial. Campo de la evocación y la asociación, la construcción de la trama es uno de los aspectos principales de la representación del espectáculo televisivo, en particular el espectáculo informativo. Esta trama se construye en el marco de géneros dramáticos que prescriben tipos, nudos, metas, acciones y que constituyen pactos de verosimilitud con los espectadores.

Con esta condición, ideas o individuos se convierten para la multitud en *imágenes activas*. Imágenes que hay que administrar, como las drogas, en dosis cada vez más masivas y más frecuentes [...] Una idea-imagen contiene una carga de evocación, como una bomba contiene una carga de explosivo. Desgarra los filtros de la memoria y hace aflorar lo que, de ordinario, permanece oculto y comprimido en el concepto (Moscovici, 1993:53).

Desde este punto de vista, la cuestión no sólo se vincula a la irrupción de la política en la escena mediática. Tiene como contraparte un vínculo nuevo entre la experiencia y la vida cotidiana y el proceso de formación del yo, que se nutre progresivamente de materiales simbólicos mediáticos. En el desarrollo de las formas mediáticas de comunicación, indica Thompson, surgen nuevos “tipos de intimidad no recíproca”, creando nuevas y distintivas “mezclas de experiencias” (1998:270). Estas notas buscan explorar la cuestión de cómo se pueden relacionar las experiencias mediáticas con los contextos habituales de la vida cotidiana. El linchamiento de tres agentes de la Policía Federal Preventiva (PFP) en San Juan Ixtayopan, en la frontera rural del Distrito Federal con el Estado de México, que fue transmitido en directo por radio y televisión constituye el referente de esta discusión. Este suceso tiene la doble dimensión de un fenómeno clásico de la psicología de masas para sus participantes directos y un proceso diferente para los espectadores de la versión mediática de los acontecimientos y permite examinar las nuevas dimensiones de la construcción social del miedo y sus efectos políticos.

### **La televisión y la administración de la visibilidad**

La administración de la visibilidad es una artimaña política muy antigua (Burke, 1992). El desarrollo de los medios de comunicación y la transformación de la naturaleza de la visibilidad, ha cambiado las reglas con las que se practica este arte. Thompson (1998) destaca tres variantes en el arte de la visibilidad: *a*) el tamaño de las audiencias, *b*) el desarrollo de la televisión, que ha enfatizado la visibilidad como un problema de visión, donde los líderes políticos son vistos con los ojos, basados en su apariencia visual, y *c*) el desarrollo autónomo de los sistemas políticos, en que los partidos políticos compiten a intervalos regulares, de acuerdo con ciertas reglas, con el propósito de asegurarse un número suficiente de votos populares para instalarse en el poder. En las condiciones políticas y sociales actuales, los diversos grupos políticos no tienen otra alternativa que la de someterse a la ley de visibilidad compulsiva. Esto es aplicable no sólo en la coyuntura electoral, sino forma parte del cotidiano ejercicio del gobierno en sus distintos niveles.

La arena mediática es entonces el campo contemporáneo de la lucha política, en que las relaciones de fuerza entre los distintos actores determina la visibilidad en las distintas coyunturas. La visibilidad mediática no sólo está en el centro de la disputa política sino es un arma de doble filo. Los recientes episodios en la televisión mexicana en torno a lo que se ha llamado los video-escándalos, muestran una tendencia que se acentuará en el futuro, en la medida que se agudice la lucha por el poder entre los distintos actores políticos.

La filtración y el escándalo constituyen uno de los recursos del combate en torno a la visibilidad. El escándalo es una información o conducta que los individuos quieren esconder y que es súbitamente puesta en el dominio público y hecha visible a un gran número de receptores. El comportamiento escandaloso era una conducta que llevaba a la desgracia y ofendía el sentido de decencia. Las buenas maneras y las buenas costumbres se han cuidado de mantener la división entre vicios privados y virtudes públicas. El escándalo ha cambiado de sentido: actividades hasta entonces mantenidas ocultas o en secreto, y que podían ser realizadas sólo en tanto se mantuvieran ocultas, son súbitamente reveladas o hechas visibles por los medios.

El fenómeno de la filtración es la revelación intencionada de información por parte de una persona que elige hacer público algo que sabe reservado. El confidente conoce que su acción puede causar problemas a otros. Las filtraciones pueden dar motivo a escándalos.

Una vez detonado el escándalo, las cadenas televisivas y los sistemas de comunicación masiva, que también son actores políticos, buscan alcanzar efectividad en la comunicación a partir de una estrategia de saturación por repetición. Lo que está en juego son diferentes modelos teóricos de cómo incrementar el poder e influencia del sistema comunicacional, en el cual la construcción del miedo en los públicos, como otras de una amplia gama de construcciones emocionales, se vincula con las teorías de la “modelación”, es decir con los efectos de la televisión en su público, en particular con la programación noticiosa. Para Gerbner, la televisión ocupa un lugar tan central en la vida diaria que domina nuestro “ambiente simbólico”, sustituyendo sus mensajes sobre la realidad a la experiencia personal y demás formas de conocer el mundo. Aborda también sobre el origen y la dirección del efecto. La televisión

es un arma cultural del sistema industrial establecido, y en cuanto tal, sirve para mantener, estabilizar y reforzar, más que para modificar, amenazar o debilitar, las creencias y los comportamientos convencionales (Gerbner y Gross, 1976; Gerbner *et al.*, 1994).

Si, como lo señala Monsiváis (2004), los actos de extrema violencia popular han sido terribles y para nada excepcionales en los siglos del México independiente, su difusión había sido parcial, tardía, carente de relieve noticioso y, sobre todo, de reacciones de indignación moral. “En esta ocasión, en los medios y en las conciencias, las imágenes de esa noche transforman un hecho en acontecimiento de la primera plana del país” (Monsiváis, 2004:9).

Se construye una situación contradictoria. Mientras la turba se deshumaniza hasta lo último, se produce el contrapunto: la sociedad se humaniza a través del “estremecimiento de horror”, con que el público sigue el linchamiento en vivo y en directo (Monsiváis, 2004). El vehículo del conocimiento que unifica son los medios electrónicos: la radio, al principio, impulsa la sensación de simultaneidad, y la información sobre un crimen monstruoso no se traslada al día o semana siguiente, sino se da de una vez, casi en tiempo real. “Esta novedad impresionante, un aporte de la tecnología, inaugura una perspectiva inesperada de los linchamientos y revigoriza la razón de ser de los derechos humanos” (Monsiváis, 2004:9). El linchamiento es administrado a la conciencia pública por la radio y la televisión en una saturación por repetición que dura varios días. Es sin duda un hecho mediático que entra al campo de la visibilidad y al juego de fuerzas de su gestión. Por otro lado, es un problema clásico en la psicología social, la “psicología de las masas” o de “las multitudes”.

El tema tiene una tradición teórica perfectamente identificable. En los trabajos de Tarde (1903), Freud (1921), Mc Dougall (1920) y F.H. Allport (1924) la conducta de las multitudes fue un tema recurrente en los primeros tiempos de la psicología social. La psicología de las masas había sido abierta como tema por el polémico pero sugerente trabajo de Gustave Le Bon (1895), quien enunció el problema de la siguiente manera:

En determinadas circunstancias, y tan sólo en ellas, una aglomeración de seres humanos posee características nuevas y muy diferentes de las

de cada uno de los individuos que la componen. La personalidad consciente se esfuma, los sentimientos de todas las unidades se orientan en una misma dirección. Se forma un alma colectiva, indudablemente transitoria, pero con características muy definidas. La colectividad se convierte entonces en aquello que a falta de otra expresión mejor, designaré como masa organizada o si se prefiere, masa psicológica. Forma un solo ser y está sometida a la *ley de la unidad mental de las masas* (Le Bon, 1995:27).

El tema de la psicología de las masas, encontró dificultades para su desarrollo después de 1930, sobre todo en la medida que se consolidaron como dominantes tradiciones experimentales, en un tema se prestaba poco para ello. El tema, sin embargo, quedó abierto y se reforzó notablemente el interés por el mismo con Moscovici (1993), Grauman y Moscovici (1986), Groh (1986), Grauman y Kruse (1984), Farr (1986).

Se presenta a continuación la crónica de los eventos, realizada por el periodista Jorge Carrasco (2004). El análisis de la secuencia de los hechos es un abordaje cualitativo que puede ofrecer algunas coincidencias con los puntos desarrollados por diversos autores y que permite estructurar un análisis de los eventos y de sus interpretaciones causales (Abott, 1995; Griffin, 1993).

### *Los hechos*

Hacia varias semanas que las mujeres del pueblo estaban inquietas. Los rumores de niños secuestrados y la presencia de tres extraños en un auto Focus color arena, que tomaban fotografías del lugar y de las personas cerca de la escuela primaria Popol Vuh, se convirtieron en una preocupación colectiva. El director de la escuela y los padres de familia pidieron a la delegada que les informara que sucedía. La delegada no informó porque tampoco sabía que los agentes de la PFP, que eran parte de una unidad de antiterrorismo, que oficialmente recababan información ante las crecientes denuncias de venta de droga al menudeo en varios puntos de la colonia Jaime Torres Bodet. A pesar de que, según la PFP, realizaban labores de inteligencia, todos sabían de su

presencia y que llevaban el seguimiento de gentes del lugar, desde los niños de las escuelas, las madres, los maestros, los vendedores y los consumidores de drogas. Todos supieron que tomaban fotografías y videos de casas, comercios y personas [...] Entre rumores de secuestros de niños, minutos después de las seis de la tarde del martes 23 de noviembre, los colonos de San Juan Ixtayopan se fueron contra el auto que les molestó durante semanas. Decenas de vecinos se acercaron a los policías. Entonces supieron que pertenecían a la Coordinación General de Inteligencia para la Prevención del Delito de la PFP, en la unidad de lucha contra el terrorismo. Nadie hizo caso a los pocos que intentaron salvar a los agentes. Las voces insistían en que una mujer que estaba con ellos se había llevado a dos niños en un taxi [...] Los bajaron del coche, los desarmaron, les quitaron sus credenciales, las cámaras y las libretas donde habían recolectado la información. Los interrogaron, hábilmente, ante las cámaras de la televisión. Momentos después, golpeados, en estado agónico, al oficial Víctor Mireles y al suboficial Cristóbal Bonilla los rociaron de gasolina y los quemaron aún con vida, según la necropsia. El tercer agente, Edgardo Moreno Nolasco, fue rescatado con lesiones por el Grupo Especial de Reacción Inmediata (GERI) de la Policía Judicial del Distrito Federal, cuando los pobladores pretendían llevarlo al kiosco del pueblo, a varias cuadras del lugar (Carrasco, 2004).

### *Las explicaciones*

Los hechos que describe la crónica periodística anterior construyen una secuencia estructurada de un fenómeno complejo que implica la transformación de un conjunto de individuos en una muchedumbre enfurecida. Queremos confrontar algunos de los hilos o pistas para la explicación y el entendimiento de estos hechos. La primera de las explicaciones proviene de un observador agudo como Carlos Monsiváis (2004), para quien, la explicación real de una turba linchadora radica en su “rapidez avasalladora”. En el caso de Tláhuac, bastó el esparcimiento de un rumor (“han secuestrado niños”) para movilizar y enardecer, y esa rapidez ígnea habla de la voluntad de exterminio, una causa

en sí misma. La aparición de la turba linchadora, mayoritariamente juvenil, no dependió –y ahí están los testimonios– de una acción concertada, sino de la metamorfosis siempre inesperada que introduce el frenesí criminal como requisito de la unidad, y mantiene la cohesión para perseverar en la cacería. Lo intransferible de una turba es su clímax, alcanzado en el instante de la captura de sus víctimas. En ese instante, rige omnipotente la psicología del cazador y cesan los derechos de los atrapados, que por el hecho de serlo aportan todas las pruebas requeridas, al ser su indefensión la sentencia automática en su contra.

En una turba linchadora, cada uno de sus integrantes abandona con presteza sus reservas éticas (las que tenga), su respeto por la vida humana (el que sea) y su miedo al castigo, nunca muy potente porque –esta es la presunción– el crimen cometido por muchos no es culpa de nadie (Monsiváis, 2004:8).

El problema tiene notables puntos de coincidencia con la masa psicológica de Le Bon (1895). Para el autor, el hecho de que muchos individuos se encuentren accidentalmente unos junto a otros no les confiere las características de una masa organizada. Mil sujetos reunidos al azar en una plaza pública, sin ninguna finalidad determinada, no constituyen en absoluto una masa psicológica.

La masa psicológica es un ser provisional, compuesto por elementos heterogéneos, soldados de forma momentánea, de un modo absolutamente igual a como las células de un cuerpo vivo forman, por su reunión, un ser nuevo que manifiesta características muy diferentes de las que posee cada una de las células que lo componen (Le Bon, 1995:29).

El proceso de transformación del individuo en masa psicológica implica de acuerdo con Le Bon, la disolución de la personalidad consciente y la orientación de los sentimientos y pensamientos en un mismo sentido que son los primeros rasgos de la masa en vías de organizarse, no implican siempre la presencia simultánea de varios individuos en un mismo lugar. Millares de sujetos separados entre sí, en un determinado momento y

bajo las influencias de ciertas emociones violentas (un gran acontecimiento nacional, por ejemplo) pueden adquirir las características de una masa psicológica. Un azar cualquiera que les reúna bastará entonces para que su conducta revista inmediatamente la especial forma de los actos de masas (Le Bon, 1995).

Hay en el enfoque de Le Bon algunos elementos claves en la caracterización de la masa. El individuo integrado en una masa adquiere, por el mero hecho del número, un sentimiento de potencia invencible que le permite ceder a instintos que, por sí solo, habría frenado forzosamente. Y cederá con mayor facilidad, puesto que al ser la masa anónima y, en consecuencia, irresponsable desaparece por completo el sentimiento de responsabilidad que retiene siempre a los individuos.

Una segunda causa, el *contagio mental*, interviene asimismo para determinar en las masas la manifestación de características especiales y, al mismo tiempo, su orientación. El contagio es uno de los núcleos de la explicación causal. En una masa, todo sentimiento, todo acto es contagioso, hasta el punto de que el individuo sacrifica muy fácilmente su interés personal al colectivo. Se trata de una aptitud contraria a su naturaleza y que el hombre tan sólo es capaz de asumir cuando forma parte de una masa. Las observaciones de Le Bon le llevan a afirmar que el individuo, sumergido durante cierto tiempo en el seno de una masa actuante, cae muy pronto –“a consecuencia de los efluvios emanados por esta o por cualquier otra causa aún ignorada”– en una situación particular, que se aproxima mucho al estado de fascinación del hipnotizado en manos de su hipnotizador. Al estar paralizada la vida del cerebro en el sujeto hipnotizado, éste se convierte en el esclavo de todas sus actividades inconscientes, que el hipnotizador dirige a su placer. La personalidad consciente se ha esfumado, la voluntad y el discernimiento han quedado abolidos. Sentimientos y pensamientos se orientan entonces en la dirección determinada por el hipnotizador, dice Le Bon.

La desaparición de la personalidad consciente, el predominio de la personalidad inconsciente, la orientación de los sentimientos y las ideas en un mismo sentido, a través de la sugestión y del contagio, la tendencia a transformar inmediatamente en actos las ideas sugeridas, son las principales características del individuo dentro de la masa. Ya no es el

mismo, sino un autómeta cuya voluntad no puede ejercer dominio sobre nada. Por el mero hecho de formar parte de una masa, el hombre desciende varios peldaños en la escala de la civilización (Le Bon, 1995:32).

El descenso en la escala de la civilización es inequívoco para Le Bon. El que aislado era quizá un individuo cultivado, en la masa es un instintivo y, en consecuencia, un bárbaro. Tiene la espontaneidad, la violencia, la ferocidad y también los entusiasmos y los heroísmos de los seres primitivos a los que se aproxima aún más por su facilidad para dejarse impresionar por palabras, por imágenes y para permitir que le conduzcan a actos que vulneran sus más evidentes intereses. “El individuo que forma parte de una masa es un grano de arena inmerso entre muchos otros que el viento agita a su capricho” (Le Bon, 1995:33).

[En esta situación] la masa se encuentra generalmente en un estado de atención expectante favorable a la sugestión. La primera sugestión formulada se impone inmediatamente, por contagio a todos los cerebros y establece en seguida la orientación. En los seres sugestionados, la idea fija tiende a transformarse en acto (Le Bon, 1995:327).

Constantemente errante por los límites de la inconsciencia, sometida a todas las sugestionas, animada de la violencia de sentimientos propia de los seres que no pueden apelar a influencias racionales, desprovista de sentido crítico, la masa no puede sino manifestar una credulidad excesiva. Para ella no existe lo inverosímil, y es preciso recordar esto para comprender la facilidad con la que se crean y propagan las leyendas y los relatos más extravagantes. La creación de las leyendas que circulan tan fácilmente entre las masas no sólo es el resultado de una credulidad completa, sino también de las prodigiosas deformaciones que experimentan los acontecimientos en la imaginación de individuos agrupados, sostiene Le Bon. El más simple hecho, visto por la masa, se convierte rápidamente en un acontecimiento desfigurado. La masa piensa mediante imágenes y la imagen evocada promueve, a su vez, una serie de ellas sin ningún nexo lógico con la primera. Podemos concebir fácilmente tal estado pensando en las extrañas sucesiones de ideas a las que nos conduce, a veces, la

evocación de un hecho cualquiera. La razón muestra la incoherencia de tales imágenes, pero la masa no la ve, y lo que su imaginación deformante agregue al acontecimiento lo confundirá con éste. “Incapaz de separar lo subjetivo de lo objetivo, admitirá como reales las imágenes evocadas en su espíritu, las cuales generalmente no poseen más que un parentesco lejano con el hecho observado” (Le Bon, 1995:38).

La violencia de los sentimientos de las masas se exagera más aún, sobre todo en las masas heterogéneas, por la ausencia de responsabilidad. La certeza de la impunidad, tanto más acentuada cuanto más numerosa es la masa y la noción de un considerable poder momentáneo debido al número, hacen factibles para la colectividad sentimientos y actos que resultan imposibles en el individuo aislado. “En las masas, el imbécil, el ignorante y el envidioso se ven liberados del sentimiento de su nulidad y su impotencia, sustituido por la noción de una fuerza brutal, pasajera, pero inmensa” (Le Bon, 1995:44).

El modelo de Le Bon fue entusiastamente ampliado y complementado por Freud, en un texto clásico (Rey, 1984). Para Freud:

[...] el individuo que entra a formar parte de una multitud se sitúa en condiciones que le permiten suprimir las represiones de sus tendencias inconscientes. Los caracteres aparentemente nuevos que entonces manifiesta son precisamente exteriorizaciones de lo inconsciente individual, sistema en el que se halla contenido en germen todo lo malo existente en el alma humana (2003:12).

Si queremos formarnos una idea exacta de la moralidad de las multitudes, habremos de tener en cuenta que en la reunión de los individuos integrados en una masa desaparecen todas las inhibiciones individuales, mientras que todos los instintos crueles, brutales y destructores, residuos de las épocas primitivas, latentes en el individuo despiertan y buscan su libre satisfacción (Freud, 2003:16).

El mismo Le Bon se muestra ya dispuesto a conceder que, en determinadas circunstancias, la moralidad de las multitudes puede resultar más elevada que la de los individuos que la componen, y que sólo las colectividades son capaces de un gran desinterés y un alto espíritu de sacrificio. Freud observa que el interés personal, que constituye casi el

único móvil de acción del individuo aislado, no se muestra en las masas como elemento dominante sino en muy contadas ocasiones. Otros autores hacen resaltar el hecho de ser la sociedad la que impone las normas de la moral al individuo, incapaz, en general, de elevarse hasta ellas por sí solo, o afirman que en circunstancias excepcionales surge en la colectividad el fenómeno del entusiasmo, el cual ha capacitado a las multitudes para los actos más nobles y generosos.

Por lo que respecta a la producción intelectual, está, en cambio, demostrado que las grandes creaciones del pensamiento, los descubrimientos capitales y las soluciones decisivas de grandes problemas no son posibles sino al individuo aislado que labora en la soledad. Sin embargo, también el alma colectiva es capaz de dar vida a creaciones espirituales de un orden genial, como lo prueban, en primer lugar, el idioma y, después, los cantos populares, el folclore, etcétera (Freud, 2003:20).

En presencia de estas contradicciones, aparentemente irreducibles, la labor de la psicología colectiva ha de resultar estéril. Sin embargo, no es difícil encontrar un camino lleno de esperanzas. Para Freud probablemente se ha confundido bajo la denominación genérica de “multitudes” a formaciones muy diversas, entre las cuales es necesario establecer una distinción. Los datos de Sighele, Le Bon y otros se refieren a masas de existencia pasajera, constituidas rápidamente por la asociación de individuos movidos, por un interés común, pero muy diferentes unos de otros. Es innegable que los caracteres de las masas revolucionarias, especialmente de las de la Revolución Francesa, han influido en su descripción. En cambio, las afirmaciones opuestas se derivan de la observación de aquellas otras masas estables o asociaciones permanentes, en las cuales pasan los hombres toda su vida y que toman cuerpo en las instituciones sociales. Las multitudes de la primera categoría son, con respecto a las de la segunda, lo que las olas breves, pero altas, a la inmensa superficie del mar.

Freud no sólo manifiesta su acuerdo estratégico con el enfoque de Le Bon sobre la psicología de las masas, sino que introduce a la discusión otro cuerpo teórico, con el cual establece algunas hipótesis alternas para la explicación del linchamiento (Farr, 1986).

Mac Dougall (1920) parte de la misma contradicción entre masas pasajeras y masas estables. La resuelve introduciendo el factor “organización”. En el caso más sencillo –dice–, la masa (*group*) no posee organización ninguna o sólo una organización rudimentaria. A esta masa desorganizada le da el nombre de “multitud” (*crowd*). Sin embargo, ningún grupo humano puede llegar a formarse sin cierto comienzo de organización, y que precisamente en estas masas simples y rudimentarias es en las que más fácilmente pueden observarse algunos de los fenómenos fundamentales de la psicología colectiva. Para que los miembros accidentalmente reunidos de un grupo humano lleguen a formar algo semejante a una masa, en el sentido psicológico de la palabra, es condición necesaria que entre los individuos exista algo común, que un mismo interés los enlace a un mismo objeto, que experimenten los mismos sentimientos en presencia de una situación dada y que posean, en cierta medida, la facultad de influir unos sobre otros (*some degree of reciprocal influence between the members of the group*). Cuanto más enérgica es esta homogeneidad mental, más fácilmente formarán los individuos una masa psicológica y más evidentes serán las manifestaciones de un alma colectiva (Farr, 1986).

El fenómeno más singular y al mismo tiempo más importante de la formación de la masa consiste en la exaltación o intensificación de la emotividad en los individuos que la integran. Puede decirse –opina MacDougall– que no existen otras condiciones en las que los afectos humanos alcancen la intensidad a la que llegan en la multitud. Además, los individuos de una multitud experimentan una voluptuosa sensación al entregarse ilimitadamente a sus pasiones y fundirse en la masa, perdiendo el sentimiento de su delimitación individual. MacDougall explica esta absorción del individuo por la masa atribuyéndola a lo que él denomina “el principio de la inducción directa de las emociones por medio de la reacción simpática primitiva”; esto es, “a aquello que con el nombre de *contagio* de los afectos nos es ya conocido a nosotros los psicoanalíticos”, dice Freud.

El hecho es que la percatación de los signos de un estado afectivo es susceptible de provocar automáticamente el mismo afecto en el observador. Esta obsesión automática es tanto más intensa cuanto mayor es el número de las personas en las que se observa simultáneamente el

mismo afecto. Entonces el individuo llega a ser incapaz de mantener una actitud crítica y se deja invadir por la misma emoción. Pero al compartir la excitación de aquellos cuya influencia ha actuado sobre él, aumenta a su vez la de los demás, y de este modo se intensifica por inducción recíproca la carga afectiva de los individuos integrados en la masa.

Actúa aquí, innegablemente, algo como una obsesión, que impulsa al individuo a imitar a los demás y a conservarse a tono con ellos. Cuanto más groseras y elementales son las emociones, más probabilidades presentan de propagarse de este modo en una masa (Freud, 2003:22).

Este mecanismo de la intensificación afectiva queda favorecido por varias otras influencias emanadas de la multitud. La masa da al individuo la impresión de un poder ilimitado y de un peligro invencible. Sustituye, por el momento, a la entera sociedad humana, encarnación de la autoridad, cuyos castigos se han tenido y por la que nos imponemos tantas restricciones. Es evidentemente peligroso situarse enfrente de ella, y para garantizar la propia seguridad deberá cada uno seguir el ejemplo que observa en derredor suyo, e incluso, si es preciso, llegar a *aullar con los lobos* (Freud, 2003:22).

Obedientes a la nueva autoridad, habremos de hacer callar a nuestra conciencia anterior y ceder así a la atracción del placer, que seguramente alcanzaremos por la cesación de nuestras inhibiciones. No habrá, pues, de asombrarnos que el individuo integrado en una masa realice o apruebe cosas de las que se hubiera alejado en las condiciones ordinarias de su vida, e incluso podemos esperar que este hecho nos permita proyectar alguna luz en las tinieblas de aquello que designamos con la enigmática palabra “sugestión” (Freud, 2003:23).

MacDougall no niega tampoco el principio de la inhibición colectiva de la inteligencia en la masa. Opina que las inteligencias inferiores atraen a su propio nivel a las superiores. Estas últimas ven estorbada su actividad, porque la intensificación de la afectividad crea, en general, condiciones desfavorables para el trabajo intelectual; en segundo lugar, porque los

individuos intimidados por la multitud ven coartado dicho trabajo y, en tercero, porque en cada uno de los individuos integrados en la masa queda disminuida la conciencia de la responsabilidad.

El juicio de conjunto que MacDougall formula sobre la función psíquica de las multitudes simples “desorganizadas” no es mucho más favorable que el de Le Bon. Para él, tal masa es sobremanera excitable, impulsiva, apasionada, versátil, inconsecuente, indecisa y, al mismo tiempo, inclinada a llegar en su acción a los mayores extremos, accesible sólo a las pasiones violentas y a los sentimientos elementales, extraordinariamente fácil de sugestionar, superficial en sus reflexiones, violenta en sus juicios, capaz de asimilarse tan sólo los argumentos y conclusiones más simples e imperfectos, fácil de conducir y conmover. Carece de todo sentimiento de responsabilidad y respetabilidad y se halla siempre pronta a dejarse arrastrar por la conciencia de su fuerza hasta violencias propias de un poder absoluto e irresponsable. Se comporta, pues, como un niño mal educado. O como un salvaje apasionado y no vigilado en una situación que no le es familiar. En los casos más graves se conduce más bien como un rebaño de animales salvajes que como una reunión de seres humanos.

Para Freud, la condición que Mac Dougall designa con el nombre de “organización” de la multitud podría ser descrita, más justificadamente, en una forma distinta. Se trata de crear en la masa las facultades precisamente características del individuo y que éste ha perdido a consecuencia de su absorción por la multitud. El individuo poseía, desde luego, antes de incorporarse a la masa primitiva, su continuidad, su conciencia, sus tradiciones y costumbres, su peculiar campo de acción y su modalidad especial de adaptación, y se mantenía separado de otros con los cuales rivalizaba. Todas estas cualidades las ha perdido temporalmente por su incorporación a la multitud no “organizada” (Rey, 1986; Farr, 1986; Grauman y Kruse, 1984).

En la segunda parte del siglo veinte el avance de la psicología social tuvo aportes significativos con los trabajos de Serge Moscovici y su equipo (Grauman y Moscovici, 1986). Entre éstos destaca *La era de las multitudes* (Moscovici, 1993), que recupera elementos históricos y nuevas interpretaciones sobre el tema de la psicología de las masas en episodios como linchamientos.

Para Moscovici, emerge la irracionalización pura y simple de las masas. Se manifiesta por una descompresión de las fuerzas emocionales que aguardan, en una región subterránea, la ocasión de irrumpir con la fuerza de un volcán. Estas fuerzas, jamás vencidas, acechan el momento propicio para recobrar el imperio que les pertenece. Éste se presenta cuando los hombres, bajo el aguijón de una crisis, se juntan. La conciencia de los individuos pierde entonces vigor y no puede seguir reprimiendo sus impulsos.

Estos verdaderos topos de la historia que son las emociones inconscientes aprovechan la ocasión para ocupar el campo libre. Lo que surge no es algo nuevo, es lo ya existente aglutinado, pero no expresado, son unas fuerzas latentes más o menos concentradas y reprimidas, formadas y dispuestas al avance (Moscovici, 1993:51).

A partir de la distinción de la literatura enfatiza la oposición inicial entre la psicología de las multitudes y el pensamiento de los individuos, Moscovici propone una distinción relevante en torno a dos esferas de pensamiento, dos modelos: pensamiento crítico frente a pensamiento automático.

El de los individuos sería un pensamiento *crítico*, es decir lógico, que se vale de ideas conceptos, en su mayoría abstractas. Describe los objetos y explica los hechos merced a unas teorías que asocian los conceptos en una cadena de razonamientos que podemos discutir y corregir a la luz de las observaciones y de los hechos conocidos. Y es porque somos sensibles a sus contradicciones, a la diferencia entre nuestros razonamientos y la realidad. Al eliminar las contradicciones, llegamos a una visión coherente de los hechos que examinamos, de las técnicas que empleamos. Además, este pensamiento es independiente del tiempo. Únicamente las leyes lógicas determinan el encadenamiento de las ideas.

No depende éste ni de nuestros recuerdos del pasado ni de las conclusiones a las que queremos llegar. Está tan vuelto hacia la realidad, que sólo cuenta en último lugar. A esto se debe que lo pongamos en duda, que lo discutamos punto por punto, a veces de manera polémica. “Oponemos a las pruebas unas contra pruebas. La experiencia resuelve y

da su veredicto. A fin de cuentas nada se acepta sin haber sido demostrado. Es pues un pensamiento objetivo” (Moscovici, 1993:123).

Por el contrario, el pensamiento de la multitud sería *automático*. Está dominado por asociaciones estereotipadas, por clichés registrados en la memoria. Se sirve de imágenes completas. Sin cansarse, Le Bon repite en todos los tonos que las masas son ineptas para los razonamientos abstractos. Es por lo tanto, inútil dirigirse a ellas apelando a una facultad que no poseen. En suma, las multitudes no piensan el mundo tal como es, sino tal como se les hace ver, tal como ellos se lo representan. No hacen presa alguna en su realidad, se contentan con la apariencia. No quiere decir esto que la rehuyan, sino que no saben distinguir entre la apariencia y la realidad. Con ello la verdad se les sustrae irremediabilmente. La realidad, que toleran muy poco, la sustituyen con la imagen; el presente, difícilmente soportable, con el pasado. Lo irreal predomina en ella sobre lo real. El pensamiento de las multitudes es siempre un pensamiento de lo ya visto y de lo ya conocido. Por esto, “cuando somos atrapados, como peces, en la red de las multitudes, y convertidos en soñadores despiertos, penetran las ideas en nuestra mente bajo la forma concreta de esquemas, de clichés y de otras imágenes” (Moscovici, 1993:124).

Moscovici propone explorar el sendero de la génesis del pensamiento automático. Se trata de descubrir cómo se fabrica un pensamiento automático y cómo se razona por medio de las imágenes. A primera vista, sostiene, es posible distinguir dos procesos: la superposición y la proyección.

La superposición asocia las ideas-imágenes ocasionales que vienen a agregarse las unas a las otras sobre la base de indicios superficiales. Una vez yuxtapuestas, adoptan las apariencias de un razonamiento que salta rápidamente de la premisa a la conclusión, de la parte al todo, sin pasar por etapas intermedias.

En cuanto a la proyección, traduce la impotencia de las multitudes para separar la realidad de su representación, para distinguir las cosas tales como son de las cosas tales como quisieran que fuesen. Al no poder llevar a cabo tal discriminación, una multitud proyecta al exterior, sin tener conciencia de ello, sus ideas-imágenes interiores. Considera como

un elemento del mundo, como un suceso, lo que no es otra cosa que el producto de sus deseos y de su fantasía (Moscovici, 1993:126).

*¿Es un hecho frecuente?*

La crónica periodística reconstruye e interpreta al transcurso de los hechos, sus cadenas y secuencias. ¿Es un linchamiento un hecho frecuente? En realidad la historia de los linchamientos es antigua y alguna de la literatura revisada se refiere a éstos como eventos de rara ocurrencia. López y Rivas (2004) llama la atención sobre el encabezado de la agencia de noticias Reuters que presenta los hechos de Tláhuac como “brutal tradición mexicana ante falta de justicia”. En realidad, el fenómeno de los linchamientos forma parte de eventos de larga data y que se encuentran en el ámbito mundial. El linchamiento siempre será un crimen sin justificación alguna. Con todo, en América Latina, hay que reiterar, no es parte constitutiva de ningún sistema conocido de justicia consuetudinaria o comunitaria. Tampoco es práctica recurrente y exclusiva de pueblos indígenas ni de comunidades rurales. Definitivamente no integra *usos y costumbres* de ninguna etnia en particular y, sobre todo, no forma parte del *México profundo*.

De hecho, *linchar* y *linchamiento* en el castellano proviene de los vocablos ingleses *lynch* y *lynching*, respectivamente, y refiere originalmente a las ejecuciones extrajudiciales que durante la revolución de independencia de Estados Unidos parecen haber sido popularizadas por el coronel Charles Lynch, terrateniente de Virginia, y que se expandieron rápidamente en el siglo XIX como parte esencial del proceso de expansión y conquista de ese país hacia el sur y el oeste del continente. La *ley de Lynch*, es una especie de procedimiento sumario, *utilizado en Estados Unidos*, según el cual una multitud somete, juzga, condena y ejecuta inmediatamente a un criminal. Esta perspectiva coincide con la del primer académico estadounidense que investigó los linchamientos y publicó en 1905 una obra intitulada *Lynch Law*, en la que establece que “el linchamiento es una práctica criminal, *peculiar a Estados Unidos*” (Cutler, 1905).

Los linchamientos han sido materia de distintas investigaciones y conteos. La *Enciclopedia Columbia* informa que entre 1882, cuando por

primera vez se recogió información confiable al respecto, y hasta 1968, año en que los linchamientos habían prácticamente desaparecido, se calcula que 4 743 personas habían sido linchadas; de ellas, 3 446 eran hombres y mujeres negros. En Estados Unidos, los linchamientos ocurrían con mayor frecuencia en pequeños poblados del sur, sobre todo en los estados de Mississippi, Georgia, Texas, Louisiana y Alabama, en ese orden, donde la gente era pobre y en su mayoría analfabeta, y donde no existía forma alguna de recreación comunitaria. Sin embargo, una de las causas psicológicas más notables de los linchamientos era “el temor al negro”, que conforma una base subjetiva fundamental para justificar el racismo y la discriminación (López y Rivas, 2004). Los opositores a la esclavitud en los años previos a la guerra civil en Estados Unidos, cuatrerros, jugadores, y otros “desesperados” en el sur y en el viejo oeste fueron blanco de los linchamientos en el siglo XIX. De la década de 1980 en adelante, sin embargo, la violencia de la multitud reflejó el desprecio de la América blanca contra varios grupos raciales, étnicos y culturales. Afroamericanos especialmente, y algunas veces nativos americanos, latinos, judíos, inmigrantes asiáticos y europeos recién llegados, sintieron la furia de la muchedumbre. La violencia de la multitud viene a ser la forma doméstica de establecer el dominio blanco. Entre las fuentes relevantes para documentar los linchamientos destaca el trabajo de Ginzburg (1962) que compila cien años de material de prensa al respecto. En términos significativos destacan los enfoques de Wiegman (1993) sobre la anatomía del linchamiento, Clarke (1998) que examina el linchamiento y la subcultura de la violencia, y Sovel (2001), que aborda la descripción de patrones secuenciales en el ámbito local, con el estudio de linchamientos en el sur de Estados Unidos.

### **La construcción social del miedo**

En este apartado queremos integrar los distintos elementos presentados en las secciones anteriores y orientar algunas conclusiones preliminares. Los terribles hechos de Tláhuac abren interrogantes en varias direcciones. Por un lado constituye un tipo de episodio que ha sido estudiado en diversas direcciones, a pesar de no ser frecuente. Propio de multitudes

ocasionales, la construcción de un principio de acción colectiva por parte de la muchedumbre es la aparición del inconsciente, cuya psicogénesis está ligada a los vínculos entre la subjetividad y los medios de comunicación masiva. El papel modelador de la subjetividad por los medios de comunicación y en particular por la televisión constituye un telón de fondo en el cual se desarrollan los acontecimientos que nos ocupan. Con la apertura del yo hacia nuevas formas de conocimiento no local y otros tipos de material simbólico mediático, el yo se organiza como proyecto reflexivo en el que los individuos incorporan el material mediático en una “narrativa biográfica coherente”.

La televisión ha participado en la modelación y construcción social del miedo, en forma sistemática y permanente. Investigaciones recientes ubican a los medio de comunicación masiva como los principales contribuyentes al discurso del miedo que permea la cultura popular hoy en día (Altheide, 2002; Romer *et al.*, 2003; Sacco, 1995).

Los miedos plantean principalmente el problema del orden y esta es una cuestión centralmente política. No hay una demarcación estable, reconocida por todos. Ninguna frontera física y ningún límite social otorgan seguridad. Se interioriza de generación en generación un miedo ancestral al invasor, al “otro”, al “diferente”. Éste se extiende al orden simbólico.

En una situación de crisis o de pánico, a partir de débiles indicios, una multitud cree descubrir que tal o cual grupo, los judíos o los negros, conspira, la amenaza. Les inventa crímenes ficticios (asesinatos rituales, violaciones, etcétera), sopla sobre el fuego de los rumores y se lanza al fin a un pogrome o un linchamiento (Moscovici, 1993:126).

Todos viven atemorizados de que la pureza de lo propio sea contagiada por lo ajeno. Para Lechner (1990), en ausencia de un referente colectivo por medio del cual la sociedad pueda reconocerse a “sí misma” (identidad colectiva), la diversidad social no logra ser asumida como pluralidad sino que es vivida como una desintegración cada vez más insoportable. De ahí nace el recelo a lo diferente, la sospecha y el odio a los otros. Mientras más grande sea el miedo al intruso (es decir a lo diferente) más altas serán las barreras defensivas que levanta cada grupo

social. Esto explica el encierro corporativo, el veto y el bloqueo recíproco que caracteriza la política. La defensa vital de lo propio se identifica con la destrucción de lo ajeno.

Ante la incertidumbre surge la respuesta autoritaria, que encarna el deseo del orden frente a la amenaza del caos. El orden promete el tránsito a una sociedad vigilada.

En términos estratégicos la instrumentalización de los miedos es uno de los principales dispositivos de disciplinamiento social. Esta es una estrategia de despolitización, que no requiere medidas represivas. Basta inducir la desvalorización de la capacidad, personal y colectiva, de influir sobre el entorno. Entonces sólo es posible refugiarse en lo privado. Pensando vanamente que la intimidad proporciona seguridad. El miedo constituye, posiblemente, el más siniestro de los múltiples demonios que anidan en las sociedades abiertas de nuestra época, nos dice Bauman.

Pero son la inseguridad del presente y la incertidumbre sobre el futuro las que incuban y crían nuestros temores más imponentes e insoportables (Bauman, 2007).

## Bibliografía

- Abott, Andrew (1995), "Sequence Analysis: New Methods for Old Ideas", *Annual Review of Sociology*, núm. 21, pp. 93-113.
- Altheide, David L. (2002), *Creating Fear: News and the Construction of a Crisis*, Hawtorne, Aldine de Gruyter, Nueva York.
- Bauman, Zygmunt (2007), *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*, Paidós, Buenos Aires.
- Brown, Roger (1972), *Psicología social*, Siglo XXI Editores, México.
- Burke, Peter (1992), *The Fabrication of Louis XIV*, Yale University Press, New Haven, Conn.
- Cantril, H. (1940), *The invasion from Mars*, Princeton University Press, Princeton.

- Carrasco Araizaga, Jorge (2004), revista "Zona de Furia". *Proceso*, núm. 1465, 28 de noviembre, pp. 12-17.
- Clarke, James W. (1998), "Without Fear or Shame: Lynching, Capital Punishment and the Subculture of Violence in the American South", *British Journal of Political Science*, vol.28, núm. 2 abril, pp. 269-289.
- Cutler, J. (1905), *Lynch Law: An investigation into the history of lynching in the United States*, Longman, Nueva York.
- Farr, Robert M. (1986), "The Social Psychology of William Mc Dougall", en Graumann, Carl F. y Moscovici, Serge, *Changing Conceptions of Crowd Mind and Behavior*, Springer Verlag, Nueva York, pp. 83-95.
- Freud, Sigmund (2003), *Psicología de las masas*, Alianza Editorial, Madrid, Quinta reimpresión.
- Gerbner, G. y Gross, L. (1976), "Living with television: the violence profile". *Journal of Communication*, núm. 26, vol. 2, pp. 173-199.
- Gerbner, G., Gross, L., Morgan, M. y Signorielli, N. (1994), "Growing up with television: The Cultivation perspective", en Bryant, J. y Zillman D. (eds.), *Media effects: Advances in theory and research*, Hilldale, Erlbaum, Nueva Jersey, pp. 17-41.
- Ginzburg, R. (1962), *100 years of lynching*, Lancer Books, Nueva York.
- Graumann, Carl F. y Kruse, Lenelis (1984), "Masas, muchedumbres y densidad", en Moscovici, Serge (1986), *Psicología social, II*, Paidós, Barcelona, pp. 649-678.
- Graumann, Carl F. y Moscovici, Serge (1986) *Changing Conceptions of Crowd Mind and Behavior*, Springer Verlag, Nueva York.
- Griffin, Larry (1993) "Narrative, Event- Structure Analysis, and Causal Interpretation", *American Journal of Sociology*, 98:1094-1133.
- Groh, Dieter (1986), "Collective Behavior from the 17<sup>th</sup> to the 20<sup>th</sup> Century: Change of Phenomena, Change of Perception or No Change at All? Some Preliminary Reflections", en Graumann, Carl F. y Moscovici, Serge (1986), *Changing Conceptions of Crowd Mind and Behavior*, Springer Verlag, Nueva York, pp. 143-162.
- Le Bon, Gustave (1895, 1995), *Psicología de las masas*, Editorial Morata, Madrid, Tercera edición.
- Lechner, Norbert (1990), *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, FCE, Santiago de Chile.

- López y Rivas, Gilberto (2004), “La llamada ley de Lynch”, *La Jornada*, 3 de diciembre, p. 18.
- Mc Dougall, W. (1920), *The Group Mind*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Monsiváis, Carlos (2004), “Que esta vez sí detengan a Fuenteovejuna”, *Proceso*, núm. 1465, 28 de noviembre, pp. 6-11.
- Moscovici, Serge (1993), *La era de las multitudes. Un tratado histórico de psicología de las masas*, FCE, México.
- Rey, Jean-Michel (1986), “Freud and Massenpsychologie”, en Graumann, Carl F. y Moscovici, Serge (1986), *Changing Conceptions of Crowd Mind and Behavior*, Springer Verlag, Nueva York, pp. 51-67.
- Romer, D., Jamieson, K.H. y Aday, S. (2003), “Television News and the cultivation of fear of crime”, *Journal of Communications*, marzo, pp. 88-104.
- Sacco, V.F. (1995), “Media constructions of crime”, *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 539, pp. 141-154.
- Stovel, Katherine (2001), “Local Sequential Patterns: The Structure of Lynching in the Deep South”, *Social Forces*, vol. 79, núm. 3 marzo, pp. 843-880.
- Tarde, Gabriel (1903), *The laws of imitation*, Holt, Nueva York.
- Thompson, John B. (1998), *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*, Paidós, Barcelona.
- Wiegman, R. (1993), “The anatomy of lynching”, *Journal of the History of Sexuality*, enero, 3(1), pp. 445-467.